

ESPAÑA NUEVA

SEMENARIO DE LA VIDA ESPAÑOLA

Accogido a la franquicia postal e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Oficina de Correos de la Habana

AÑO IV

HABANA, 22 DE JUNIO DE 1924.

NUM. 108



I

El Viaje de los Reyes de Italia a España

En verdad, no conocemos los fines diplomáticos que persiguen los gobiernos italiano y español, con sus visitas regias respectivas a cada uno de los pueblos: España e Italia. Pero esto no es causa para que, desconociendo los motivos referidos, dejemos de emitir nuestra opinión sobre esas visitas regio-diplomáticas y juzguemos los hechos como los vemos o como suponemos que son por la forma que se han desarrollado.

Desde hace años, aquellos precisamente en que Italia rompió con el papado y le usurpó la soberanía de los pueblos que gobernaba, el reino español, la monarquía, si bien es verdad que no tenía rotas con Italia las relaciones diplomáticas, también es verdad, que esas relaciones, por no disgustarse el muy católico rey español con el padre de la Iglesia, no eran muy "católicas". Tan poco católicas eran esas relaciones que existían entre el reino español y el italiano, que habiendo Alfonso XIII visitado a Francia oficialmente, y a Portugal, y a Inglaterra, a Bélgica y creo que a Austria y Hungría y a Alemania, no había intentado jamás visitar al reino de Víctor Emmanuel, por no disgustarse con el papado.

Pero vino por un lado el triunfo del mussolinismo, quien entabló buenas relaciones con la Iglesia y reconoció al representante de Cristo en la tierra, ciertos derechos de Estado sobre los territorios en que están enclavados el palacio y los jardines del Vaticano. Esto, dió lugar a que su serenísima majestad católica, Alfonso XIII, pudiese estrechar sus relaciones con el rey y el gobierno italiano. Si no hubiera sucedido esto, si el mussolinismo no hubiera triunfado en Italia y el Quirinal no hubiera hecho las paces con el Vaticano, concediéndole los derechos territoriales que pedía, a estas horas, ni por el interés de Estado, ni por espíritu de conservación de la monarquía, ni por necesidades internacionales ni diplomáticas de las dos naciones, el rey español no hubiera ido a Italia ni el rey italiano hubiera venido a España. Es decir, que esas visitas regias, en sí mismas, no tienen otro interés diplomático

ni internacional, que celebrar entre dos reyes católicos, el pacto amistoso que uno de ellos ha celebrado con el representante de la Iglesia. Si agregamos, por otro lado, que el derrumbe habido de numerosas monarquías e imperios, a consecuencia de las hondas transformaciones políticas que se operaron por efecto de la guerra europea, tiene asustados a los pocos reyes que quedan y les hace temer la pérdida de sus coronas, fácil es colegir, que aprovechando la circunstancia que les ha deparado a entrambos reinos ser amigos, por haber el italiano hecho las paces con el Papa, en virtud de reconocerle la linde de sus territorios y dominios, se hicieran, sin más preámbulos y sin que las necesidades de los Estados lo exigieran ni los reyes a esas necesidades pusieran eco. Si fueran necesidades de Estado esas relaciones y visitas regias, sin inducirlo otra causa, ¿por qué no se hicieron antes esas visitas y se produjo ese acercamiento? ¿Por qué se esperó a que el gobierno italiano reconociese al Vaticano el derecho que alegaba tener sobre lo que suponía era de su dominio y su soberanía? ¿Es que España e Italia no sentían antes que hoy esas mismas necesidades? Si las sentían, ¿por qué no se satisfacieron? Si no existen, ¿por qué se habla de ellas? España e Italia, pudieron vivir hasta ahora, alejadas y separadas; ¿por qué no pueden seguir viviendo lo mismo? ¿Hay, acaso, rectificación de política internacional por entrambos pueblos? ¿Por qué causa; cuál

les son los motivos? ¿Es España la que necesita de Italia, o ésta, de España? ¿Quién necesita de quién? Italia no necesitó de España hasta ahora y ha vivido bien. No puede necesitarla en lo futuro. España ha vivido sin el apoyo de Italia hasta el presente. No puede necesitarla mañana. Además, España e Italia son dos naciones mediterráneas. Y sus intereses mediterráneos, hacen antagónicas sus aspiraciones. Italia aspira a dominar el Mediterráneo. A esto aspira Francia y debe aspirar, si tiene concepto internacional de las vías comerciales, el Estado español. ¿Puede Italia buscar un pacto con España para menguar el poder francés en el Mediterráneo? ¿Puede ese pacto provocarlo España? Italia, por beneficiarse con un pacto español, no puede ir contra Francia, su aliada, vecina y amiga. Y España, por menguar el poder francés, no puede aliarse a Italia. Está Francia, por un lado, que lo impediría y por el otro, Inglaterra, que vería amenazadas sus posesiones de Malta y Gibraltar. Y España e Italia, no podrían, en ningún tiempo, contra esos dos Estados, a no ser que se aliaran a una tercera o cuarta nación. Pudiera ser una de ellas, Alemania y la otra, la misma Rusia. Pero están muy lejos España e Italia de perseguir esta posición internacional, que es la única garantía de un porvenir mejor para los dos pueblos. Los gobernantes españoles e italianos, no tienen capacidad para comprender estas cosas, porque están demasiado apegados a sus tradiciones y prejuicios. Porque si la hubieran tenido, hace tiempo que por ahí debieran de andar. Estos dos gobiernos traicionan las aspiraciones que debieran tener sus pueblos, ante el interés dinástico-católico que es lo que los inspira. Que es así, lo prueba el hecho de que vivían alejados por las diferencias que existían entre el Quirinal y el Vaticano. Arregladas aquellas, se entabló la amistad, pero no para fines ulteriores de política internacional, sino para fines políticos de la Iglesia y de ambas monarquías, con el objeto único de arraigarse y fortalecerse y poder capear el vendaval revolucionario que están corriendo, de la mano del papado, esas dos monar-

ESPAÑA NUEVA

SEMENARIO DE LA VIDA ESPAÑOLA

Redacción y Administración:

PRADO 113

TEL. A-3537

Director y Administrador:

HILARIO ALONSO

Sub-Administrador: Juan Arévalo

Jefe de Redacción: Felipe Zapata

TARIFA DE ANUNCIOS

1 plana \$50.00

½ plana \$25.00

¼ plana \$10.00

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año \$4.50

Trimestre \$1.20

quías. Porque el arreglo de Quirinal con el Vaticano, no fué originado más que por el temor a la revolución. Igualmente, que, por temor a la revolución que a España e Italia aboca, es que los dos reyes, se han unido.

Todo lo demás que sobre este particular se hable, son cuentos de camino que se traen los periodistas y escritores, asariados de las dos monarquías.

Alfonso XIII no fué a Italia por interés de España, como tampoco Víctor Manuel vino a España por el interés de su patria, sino por el beneficio común que reciben esas dos monarquías. De ser así hace tiempo que lo hubieran hecho sin esperar a hoy.

Esas son las razones por las cuales, el pueblo español no tiene nada que esperar de esas visitas regio-diplomáticas.

como se expresaban—no pensaban—los demás; tenía que pensar. Y de aquí el odio de los que no podían pensar.

Hoy los jesuitas—quinta esencia de la ramplonería en España—tienen un vocablo con que expresan todo su odio impotente a la inteligencia. Ese vocablo es: extravagancia. Y lo que no es extravagancia no es sino vagancia. Vagancia mental.

Miguel de UNAMUNO.

DIVAGACIONES

VAGANCIA MENTAL



El Fraile

M. Bataillon, actualmente en el Instituto Francés de Lisboa, es uno de los jóvenes investigadores de cosas de la España que fué, que mejor conocen la historia íntima de la Inquisición española y su manera de proceder. De ello hablábamos cuando nos dió en Salamanca unas interesantísimas conferencias—dichas, no leídas, y en correctísimo castellano, que maneja a la perfección—sobre los crasmianos españoles y sobre los procedimientos de la Inquisición en contra de ellos.

Hablábamos de lo que se ha llamado la leyenda negra de la Inquisición y de la contraleyenda de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, el abogado que escribió el alegato de la "Historia de los heterodoxos españoles", que es una de las más sutiles falsificaciones. Y me decía que esa contraleyenda es más leyendaria que la otra. Y es porque no sirve querer poner la patria sobre la verdad. El amor a la patria no puede ser más que el amor a la verdad de la patria y el firme propósito de decirle a ésta la verdad siempre.

Ultimamente, antes de ser traído acá, estuve repasando el proceso inquisitorial de fray Luis de León, y pude percatarme de cuanta razón tiene M. Bataillon. Ese proceso es un patrón de mezquindad, de inepcia, de majadería y, sobre todo, del estallido de la envidia de pobres fraílucos atiborrados de hazofia escolástica—de las heces del escolasticismo, que tenía su crema y flor—, con asiento de sentido común agarbanzado e incapaces de sentido propio. Asombra aquel cúmulo de tonterías.

Porque lo terrible, lo fatídico de la Inquisición, lo que hizo que embruteciera a España, no fué su violencia. Los autos de fe y los quemaderos tienen cierta grandeza trágica, como la tiene siempre la violencia; como la tuvo la Revolución francesa; como la ha tenido la Revolución rusa. Lo degradante para España, lo que pone de manifiesto el cáncer que la devoró desde el siglo XV, desde que acabó el reinado de los Reyes Católicos y empezó el de la envidia demagógico-imperialista, es lo que se ve

en los procedimientos inquisitoriales que no eran de violencia material.

La soplonería, por una parte. Soplonería de pobres montecatos que no entendían ni lo que oían ni lo que leían; de pobres gznápiros a quienes se les antojaba gravedad herética cualquier vocablo que oían por primera vez y cuyo significado no se les alcanzaba.

Pero más fatídico y más terrible, más degradante para España que la soplonería de los oplones, era el que se les diese oídos y el que se procediera sobre sus informes. Y no porque esto supusiera en los inquisidores malas pasiones; no, sino porque se veía que la mentalidad—mejor desmentalidad—de los definidores del Santo Oficio no era más sana que la de los soplones. Lo que hemos visto de manifiesto en los procesos que nos ha sido dado recorrer es la mentecatez, rayana a las veces en imbecilidad, de los que los promovían. No discurrían ni con palabras siquiera.

Aunque no es exacto decir que los definidores del Santo Oficio no estuviesen movidos de malas pasiones. Lo estaban, y de la peor, de la más devastadora de las malas pasiones, del más pavoroso de los vicios, del vicio de Caín. ¡Pero, no, de Caín no! Porque Caín, según el Génesis, envidiaba la gracia que su hermano Abel hallaba a los ojos del Señor; pero a Caín se le supone inteligente. Y hay un vicio trascendental—permítaseme la expresión—sin la grandeza trágica del vicio del hermano de Abel. Es el odio que a la inteligencia y, sobre todo, a la personalidad, a la originalidad, profesan los tontos enconados, los esclavos de la ramplonería, los siervos del mero sentido común.

La ramplonería de lo que, por llamarse de algún modo, se ha llamado filosofía española desde Carlos I hasta Fernando VII, es algo que pone espanto. Ni aquello es filosofía ni cosa que lo valga. Sólo se salva algún hereje; es decir, alguno que pensaba por su cuenta. Que esto, y no otra cosa, quiere decir hereje: el que posee sentido propio. Y el hereje tenía que ir a parar en heterodoxo, tenía que pensar de otro modo que

Se levanta a las tres, maitines canta y se vuelve a dormir, y al ser de día reza la cotidiana letanía apenas de la cama se levanta.

Se afeita, dice misa, y en paz santa váse a desayunar su señoría; da un paseo, visita a doña Pía, que es mujer que del mundo no se es- (panta.

Come a las once, y bebe de manera que de un trago un Jesús cuasi destron- (ca, echa la siesta y reza hora tercera; entona las completas con voz bronca, chocolate a las tres toma en tartera, cena, se acuesta, reza, duerme y ronca.

X. X. X.

La religión tiene que dar cuenta de sí misma ante la razón; los misterios tienen que dar plaza a los hechos. La religión tiene que ceder a la ciencia la posición imperiosa y dominante que ha mantenido tanto tiempo.

Juan Guillermo Draper.

La libertad de pensar no solamente es compatible con la conservación de la piedad y con la paz del Estado, sino que puede ser destruída sin que al mismo tiempo se destruyan la paz del Estado y la piedad misma.

Benito Espinosa.

La filosofía corrompida por la superstición e invadida por la teología, es el peor de todos los azotes y el más temible para los sistemas en conjunto o para sus diversas partes.

Francisco Bacon.

Cree y ora, dicen los sacerdotes de la fé que han predicado un ideal de ultratumba; piensa y trabaja, dicen los maestros, de la Ciencia, que han libertado de visiones a la razón para encarnarla en la realidad de la vida.

Nicolás Salmerón.